



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10827

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

JUEVES 8 DE ABRIL DE 1897

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plaza en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS
OCTAVIO PEREZ DURBE
12, CASTELLAN, 12

UN MISERABLE

Lo es sin duda alguno ese Sanguliy á quien se le hace gran honor escribiendo su nombre en la prensa española.

Hace unos días, cuando comenzaron á circular rumores de paz, dijo *La Epoca* que si Sanguliy iba á Cuba no sería para tomar parte en la insurrección; y tal cosa dicha por el periódico oficioso mas inmediato al señor Cánovas, hizo creer que si la misión que llevaba á la gran antilla el filibustero indultado no era guerrera tenía que ser necesariamente pacífica.

Tal supuesto es andalizo á algunos colegas que concurren á Sanguliy, y usando por hecho que este sería de intermedio en los tratos de paz, se fantasearon de la ingerencia de tal hombre en asuntos de tanta importancia para el país. Por cierto que el *Heraldo* trazo una silueta del cabezalla que no podía ser mas antipática y repulsiva.

Sanguliy es un traidor que vende á quien le paga. Estuvo al servicio del general Calleja mientras éste desempeñó el cargo de Capitán general de la isla y lo engañó de una manera miserable; diole confidencias falsas; hizo defensas que no tenían fundamento; y fingió que examinaba á la policía por devotos que no llevaban á nada práctico, ayudaba á los insurrectos en su fuga, danjeles noticias de lo que les convenia saber,

facilitándoles armas y asegurándoles lugar apropiado para reunirse á conspirar.

Con tales antecedentes, tenía razón el *Heraldo* al ponerle la ceñiza en la frente á Sanguliy. Hombre de tal calaña, que no procura por su honor, no puede frisar en asuntos tan serios como el en que se le consideraba no solo metido sino también aceptado.

Cogido en infragante delito de traición en los comienzos de la revuella antillana y sometido á un consejo de guerra, tuvo la suerte de que la nación americana sujecara su insulto al gobierno español. Mostróse este indulto y generoso cual cumple al representante de un país que rinde culto á la hidalgua y tiene á gala ser clemente y en vez de entregar á Sanguliy al brazo de la ley para que le quitara la vida, lo embarcó por el puerto de la Habana y lo dejó ir donde quisiera menos á los dominios españoles.

El cabezalla filibustero no ha sabido agradecer el perdón; el traidor manifiesto ha pretendido mordér la mano que le dio la libertad y le conservó la vida; el empleado desleal ha probado que es para él el honor una palabra hueca, porque se compromete bajo su palabra y su firma á no hacer armas contra España y, ha aprovechado la generosidad de ésta para ofenderla nuevamente.

Sanguliy no puede representar á España de ningún modo. Si se llega á tratos de paz mas ó menos olivéticos, no dejara de haber elementos honrados en el campo de la rebelión. Entre ellos puede escogerse el que convenga mas.

Sanguliy no conviene, no sirve su vida es un legajo de falsedades, de traiciones, de deslealtades, de hipocresías; á las que pone digno remate la mas villana ingratitud.

Perdonado por España, su primer acto al verse en libertad ha sido organizar una expedición para llevarla á Cuba.

Quien así obra merece el desprecio de todo el mundo y este calificativo:

¡Miserable!

TIJERE TAZOS

¡Vahonte olla de grillos está hecho el Senado de Washington!

No ha hecho más que caer sobre la mesa la proposición Alton, para que se intentase sacar á Rius Rivera del mal paso en que se ha metido, y se haif desatado contra nosotros las lenguas senatoriales de los más conspicuos senadores, es decir, de los más *yankees*.

Y es notable el modo de suplicar que usa la gente del Capitolio: insultando á los españoles y sintiendo no poderles triturar el corazón.

¡Qué bulleas de sentimientos!
¡Ni Nerón!

Y qué tranquilo debe estar el cabezalla Rius Rivera con esos padrinos espontáneos que le han salido.

Si conoce á los españoles, y sabe que son humildes y generosos con los que imploran y altaneros con los que insultan, estará reucgando de los *yankees*.

Porque por ese camino no se va á la libertad, sino al cuadro.

Y como que no lo declinamos satisfechos.

¡Quién lo habla de decir al cabezalla que nos habla de interesar su suerte más que á sus amigos!

¡A nosotros que somos tan enemigos de los mambises!

Y flojo que le ha entrado el ardor bélico á los senadores.

Hay quien pide que la escuadra americana vaya á Cuba.

Y alguno, más impaciente, declara que ha llegado el momento de la acción.

¿Cuándo llegará el de tener juicio?

En el corcobo, una mujer casada ha añadido un infanticidio á la lista de dos que ya tenía perpetrados, en otro tiempo.

Y en Sevilla, un hijo cañifoso le ha dado de puñaladas á su padre.

Vayanle ustedes á esos salvajes con la cantidad de la familia ni otras monsergas por el estilo.

«La Publicidad», dejándose caer: «El *Heraldo de Madrid* ha publicado un artículo bastante encomiástico para Weyler.

El general Weyler ha propuesto para una recompensa al general Suárez Inclán.

Ni Silveira, el de la daga florentina, de un golpe mejor.

HAZ BIEN...

Primero lo superfluo; después lo necesario; luego lo indispensable. Así fue cayendo en manos del prestamista el traje de manola, la sortija con chispas de diamante, las vergas de oro, la falda, la chaqueta, el vestido, la coleta de la cama, las enaguas y las camisas, quedando convertido todo en veinte miserables pesetas y en unas cuantas papeletas de empeño.

Las primeras se agotaron pronto. En cambio las otras crecieron con los intereses, poniendo en peligro la ropa y alhajas de la pobre chica, que en un momento de apuro en que no tenía pan, se vio en la precisión de ofrecerlas en garantía de un préstamo.

Es la historia de siempre, una de tantos casos que pasan en la vida. El capital sin entrañas, sin corazón y sin sentimientos, estrujando el corazón y las entrañas y burlándose del sentimiento y de la angustia de quien se siente morir de hambre. Si no hubiera capitalistas más humanos sería cosa de renegar y aborrecer á los poseedores del dinero...

¡Apenas si me he metido yo en honduras! ¡Filosofando y haciendo pinitos de socialista! ¡Lo que pueden unas cuantas papeletas de empeño extendidas por cantidades miserables, representativas de ayunos forzados, de angustias crecientes, de situaciones críticas, de esos esos inverosímiles que hacen prescindir de la camisa y de la enagua para llenar de pan el estómago!

¿Que cómo han llegado á mi poder las papeletas? No era yo el destinatario

de dichos documentos. Venían dirigidas por el amigo Tornel,—el de *El Diario de Murcia*—á un compañero de redacción, con encargo de renovarlas y enviarlas á Murcia, acompañando la cuenta; pero se enteró del asunto un conocido médico—murciano por más señas—y puso cátedra de sentimentalismo; dibujó unos cuadros de miseria, llenos de vida y de color... negro; ensalzó la virtud de las virtudes, la caridad, y terminó sin insinuante discurso, preguntando *solo voce*:

«¿Vamos á pagar de nuestro bolsillo esas papeletas?»

Media hora después la ropa y las alhajas habían abandonado la casa de préstamos y los suscriptores de la buena obra comenzaban su partida de tresillo.

Y yo les hacía iración escribiendo estos renglones:

Es verdad que con eso pagan lo que deben; por que ellos han traidonado al señor Martínez Tornel, privándole de que pueda ejercer la caridad en esta ocasión.

Esos rasgos me entusiasman, no puedo remediarlo.

RAUL

LOS HUMORES DE PAZ

Con este título publica *La Epoca* el siguiente artículo, que refleja impresiones y esperanzas recogidas en las cufas donde recibe inspiraciones el colega que por lo mismo tiene un valor excepcional.

«Las impresiones optimistas acerca de la terminación de la guerra de Cuba son el principal y casi único tema á que dedican hoy su atención los periódicos.

Ya indicamos ayer que cuanto se diga acerca de supuestas negociaciones encaminadas á restablecer la paz carece de todo fundamento. Mas prescindiendo de este error voluntario é intencional de algunos periódicos, se explica suficientemente que la opinión, con sólo considerar el curso de los hechos, abrigue hoy esperanzas de que la insurrección cubana que tantos sa-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 231

CAPITULO II EL HECHIZADO

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 227

—Con mucho gusto.

Y el gentil-hombre se deslizo detrás de una cortina de terciopelo de Utrech.

Margarita quedó esperando pálida, temblorosa y llena de inquietud.

Carlos II se había levantado muy temprano, y después de oír misa y recibir á su confesor, para un asunto que no fue descubierto ni aun por aquellos cortesanos más finos, acababa de desayunarse al lado de su idolatrada esposa.

La felicidad resplandecía en aquella figura macilenta, ajada tan pronto por los dolores y padecimientos del cuerpo y del espíritu. Gozaba con su esposa de las dulzuras más gratas que Dios concede al corazón de los mortales, y en tal momento se entretenía en regalarle un magnífico collar de perlas, que algunos años antes habían sido pescadas en el golfo de Ceilan.

Sus ojos azules, y siempre tristes, brillaban con el tranquilo fuego de un amor afortunado; su talle por lo general caído y desgarrado, tenía cierta elegancia que embellecía su figura. María Luisa le prodigaba caricias de niña mas bien que de esposa; estaba rodeada de amor y de objetos que absorbían su atención. Risueña y excesivamente dichosa, fijaba á veces toda su curiosidad en un magnífico papagayo,

Las once de la mañana sonaban en el reloj del palacio, cuando descendió precipitadamente del brillante vehículo una dama cubierta con su manto, y dándose á conocer al ugiel de servicio, pasó por entre los centinelas hasta que hirió con su leve pie el marmol de las escaleras.

Subió como una flecha, á pájaro, una divinidad. Cruzó con un conocimiento exactísimo las numerosas antecámaras, pobladas ya de aduladores cortesanos, pretendientes, militares, clérigos y frailes, y llegó por último á un salon donde dos ugieres la detuvieron.

—Señora, no puede pagar.

—Tengo autorización para entrar en las habitaciones privadas de SS. MM.

—¿Quién lo garantiza?

—Mi rostro y mi nombre, contestó la dama descubriéndose.

Debajo de aquel espeso tocado brillaron las magníficas facciones de la marquesa de Villouraz.

Los ugieres se inclinaron y la dejaron pasar.

Luego que hubo llegado á otra habitación, se le presentó un alto funcionario.

—¿Está visible el rey? preguntó con voz agitada.

—Sí lo está, mi bella marquesa.

—¿Tuviera la bondad de anunciarme?

—¿Con que es decir que hemos salvado sin pensar á los verdaderos autores de nuestra desgracia? Porque no me cabe duda; estos son los cinco defensores del duque, y acaso de aquí en adelante sean sus mas atrevidos partidarios. Os lo confieso, padre, no les temo á las intrigas porque estoy acostumbrada á dominarlas y dirigir las según mi capricho, pero á estos paladines de nuevo cuño que pretenden revivir las costumbres de la edad media les tengo un respeto aterrador.

—No debéis tener cuidado. Lo que importa es vislumbrar hasta qué altura llegan las pretensiones del duque con respecto á los jóvenes.

—¿Qué?

—Paralizaremos su fuerza.

—¿De qué modo?

—El Inquisidor general es mi amigo... Le enseñaré esta carta y hará que pida el encierro, ya que no se puede otra cosa, de estos cinco calaveritas para que no vuelvan á alborotar en las tabernas.

—Es verdad, ¿y el duque?

—Cuando quiera acordarse de sus amigos habrán desaparecido.

—¡Oh! muy bien pensado.

—Pues oremos, mi querida duquesa. Yo creo que no tendreis inconveniente de ponerlos de acuerdo con Egüía?